

AFIRMACIONES DEL ARTE ARGENTINO

(*Tres artistas argentinos*)

Por Juan Francisco Giacobbe

Publicado en la revista *Histonium* n°85 - junio 1946 - Buenos Aires

El mes de Mayo ha sido fructífero para el arte argentino, particularmente para el arte interpretativo. Dos artistas del teclado, piano y órgano, y uno de la composición, hicieron su ingreso auspicioso en un clima de éxito y de seguras promesas. Estos tres artistas jóvenes y ya dueños de sus destinos son: Marisa Regules, Héctor Zeoli y Mario Perini.

MARISA REGULES, tanto para hacer la excepción al adagio evangélico de que “nadie es profeta en su tierra” ha triunfado entre los suyos con un clamor y un cariño sin precedentes en los últimos años. El público de Buenos Aires, congregado en la inmensa sala del Colón, le prodigó unas ovaciones que solo los grandes divos de antaño y más cerca nuestro, Lily Pons y Toscanini, oyeran en el recinto. A esta consagración del público se sumó, con un acuerdo no común, la crítica que repitió los elogios que precedían desde ultramar la fama flamante de Marisa Regules, la que, ostentando la distinción singularizante de una beca de la Comisión Nacional de Cultura, volvía después de unos años clasificada como un personaje del arte del teclado.

La elección de la obra de presentación no pudo ser más acertada para las dotes de Marisa Regules. El Concierto (que más que “concierto” debería llamarse “fantasía” o “poema”) para piano y orquesta de Sergio Rachmaninoff, construido para especial lucimiento del intérprete y con exigencias no comunes en el plano de la técnica pianística de concierto, parece especialmente escrito para las dotes de Marisa Regules: técnica impresionante y sensibilidad heterogénea con un cierto abandono al fragmentarismo expresivo. Su éxito en tal obra, fue sencillamente clamoroso.

En los conciertos de piano solo, su virtuosismo se afianzó ante el público que colmó la sala con una animación indescriptible. Y en ellos la musicalidad de Marisa Regules siguió en la misma posición de la primera noche. Dominio técnico inobjetable, seguridad de los recursos pianísticos perfectos, estudio de las sonoridades indiscutible y con ello, todos los altibajos a que son susceptibles los grandes intérpretes. Es decir, más felices en la versión de unos que de otros. Juan Sebastián Bach modernizado en expresiones minúsculas y preciosistas; Scarlatti trasladado de su pureza clásica a un pintoresco españolismo sietecentista; Mozart romantizado; Liszt llevado a la perfección de los recursos técnicos, lo mismo que Chopin que halla en Marisa Regules a una intérprete viril y personal (su versión de la Polonesa en La b Mayor quedará como un ejemplo de “bravura” insuperable) y los modernos, de todas las latitudes, ejecutados con un brío y unas ocurrencias dignas de todo encomio.

El resumen de todas estas diversidades de la capacidad interpretativa de Marisa Regules arroja un saldo admirable en favor de los recursos técnicos y en propoción inferior, en cuanto a la madurez sensitiva y estilística se refiere. Hay aún en Marisa Regules la regla y el consejo de los maestros, la atadura, altamente respetuosa que el Conservatorio (así con mayúscula) impone, y una sobreabundancia de perfección mecánica que ahoga en muchas oportunidades el vuelo afectivo de la música y la reduce a una magnífica exposición de valores táctiles y a un prodigio de digitación inigualable. El fervor de Marisa Regules por la perfección técnica -fervor que la pone en primera línea entre los mecánicos admirables del teclado- le subtrae aquí y allá, unidad en la gran línea del espíritu y la fragmentariza. Se infiere de ello, que hay que esperar en Marisa

Regules, la coordinación absoluta entre la libertad expresiva y la imposición técnica de la música, entre el espíritu y la materia y entre la verdad del arte -que es siempre verdad arcana del sentimiento- y la del teclado que es siempre instrumento, medio, recurso.

Con todo ello, Marisa Regules es hoy una de las pianistas, y diremos con más acertada precisión, “uno de los pianistas” jóvenes de primera línea en el mundo y de más brillantes promesas.

El júbilo del público argentino fue por ello más que justificado y su éxito más que merecido.

HÉCTOR ZEOLI, inaugura un tipo de concertista nuevo en la juventud argentina: el organista. Antes de él los organistas argentinos estaban consagrados a los servicios eclesiásticos y quedaban en el ámbito de las funciones rituales, con pocas y valiosas incursiones al campo del concierto. Organistas de la talla de Forti, Gasparini y Perceval (sea dicho en orden alfabético) eran personalidades asimiladas al ambiente y siendo los promotores de los nuevos movimientos en el arte del órgano seguían siendo los emisarios de las grandes tradiciones de Europa.

Con la fundación de la escuela de órgano en los Cursos de Cultura Católica y en al Universidad de Mendoza, los aspirantes argentinos tuvieron una oportunidad admirable para iniciarse en los secretos del padreterno de los instrumentos.

El primero que surge en orden de tiempo y méritos es Héctor Zeoli. Organista por vocación, deja sus estudios universitarios para dedicarse de lleno al estudio de instrumento, y debido a sus facultades llega a ser organista de la Catedral de Rosario. Abierta una beca en la Fundación E. Santamarina, la gana por unanimidad y con ello perfecciona sus estudios bajo la dirección del maestro Ermete Forti, de quien es alumno predilecto.

Ahora, iniciando las audiciones, que una nueva institución “Collegium Musicum” sostiene en Buenos Aires y asistido por el favor eclesiástico, Zeoli, ha combinado en la Basílica de la Merced, una serie de ocho conciertos en los cuales ofrecerá toda la obra para órgano de Juan Sebastián Bach, con panoramas sintéticos de los precursores y los sucesores del gran genio de Eisenach. Tal esfuerzo, único en los anales del arte argentino se ha iniciado con un éxito rotundo y admirable de ejecución y de público.

Héctor Zeoli es un artista de veras; siente, ama y se dedica a su arte con aquel fervor sagrado y sublime que exige la bella y dura disciplina del arte. Sus versiones del primer concierto fueron de una sobriedad y un equilibrio que revelan, aparte del artista al estudioso y al autocrítico. Sus registraciones son de gran precisión histórica y sabe ubicar la construcción tímbrica de los precursores en la sensibilidad ambiente de la época que los diferencia en un todo de las innovaciones de Bach y de los posteriores.

Pero en donde más se cimenta la pulcritud artística de Zeoli es en Bach. Sus versiones de la Canzona, y la Fantasía en la menor, nos han revelado la fibra interna y meditativa de su bien dirigida sensibilidad. Lo mismo hay que decir de su poética versión de Mozart y de su no menos acertada ejecución de Mendelssohn.

Estos conciertos de órgano, hechos así, en forma cíclica abren no solo un gran horizonte para la sensibilidad de los melómanos argentinos, pero comienzan a delinear la trabazón de una segura y viva cultura en los ambientes profesionales. Por ello el aquilatado esfuerzo de Zeoli merece ser colocado en primer plano.

MARIO PERINI es también músico de vocación. Su vida ha crecido y se ha hecho adulta en la música. Músico profesional ha conocido de cerca todos los secretos del “oficio” y todas las tramas técnicas del arte. Ahora, después de haber triunfado en la música popular vernácula, y después de muchos años de sostenida y amorosa disciplina técnica se presenta como compositor.

Radio del Estado, que tanto hace en favor de los compositores argentinos y los intérpretes, ha ofrecido dos de sus composiciones en las versiones de Félica y de Bandini. Un *Triste* y un poema para cuerdas titulado *Por valles y sierras* ubican a Perini en el panorama actual del arte musical argentino, y lo ubican en un lugar de excepción.

Perini, aparte de sus medios técnicos en el uso de la composición, es un artista del canto popular. Para él la expresión nace y surge de las modalidades de la tierra, apartándose por ello, del uso de todo lo que es manido y explotado como folklore, pero sabe crear la atmósfera de una melodía y la vivencia musical de un paisaje con medios y sensibilidad propia. Su ingenuidad, su pureza de medios, su exclusión de todo “ismo” xenófilo, le dan una característica íntimamente argentina y sensiblemente americana. Hay en Perini la cepa de un artista sincero y honesto, espontáneo y seguro, de quien hay que esperar saludables y refrescantes ejemplos en el tan socorrido y explotado arte no ya argentino pero “argentinizante” del cual hemos expuesto la crítica y el proceso en nuestro libro sobre Julián Aguirre. Pues bien, en línea directa y ascendente, según la modalidad moderna, a Julián Aguirre se ha situado este nuevo compositor que se presenta con dos obras cumplidas y bellas.